

## CAPÍTULO IV.

## PRISIONES Y COMBATES.

D. Leonardo Bravo había sido hecho prisionero al salir de Cuautla.

Pronto fué trasladado á la soledad de un calabozo. La sombra de aquellas verjas aborrecidas, interceptando los rayos del sol, llevó á su cerebro, por el intermedio de su pupila, una sensación ardiente de pesares y de amargura. Se hallaba al frente de esa puerta que se abría tan sólo una vez al día y que no dejaba pasar sino alimentos sin sabor; sus comidas tenía que hacerlas como una bestia feroz, acostado en aquella caverna, de donde no debía salir sino para la tumba; oía arriba de su cabeza los gritos prolongados y las blasfemias á medio articular de presos á quienes destrozan á chicotazos; había hecho conocimiento en aquel sitio con hombres que se complacían en atormentar á sus semejantes, en acrecer los horrores de la prisión y en servir oficiosamente á la maldad cruel de los tiranos. Con esos hombres y con sus víctimas en medio de tales ruidos y de semejantes espectáculos, Bravo tuvo que pasar cuatro meses, al cabo de los cuales recibió la noticia de su condenación á muerte.—Y bien, sea en hora buena; iba al menos á gozar de reposo.

El 13 de septiembre de 1812, Bravo sufrió en México la pena de garrote vil, mostrando en sus instantes postreros la calma y el valor de que dió tantas pruebas en los combates.

Morelos comunicó esta noticia á D. Nicolás, hijo del difunto, previniéndole pasara inmediatamente por las armas á los prisioneros españoles que estuvieran en su poder.

D. Nicolás se hallaba en Medellín cuando recibió el pliego de Morelos, y obrando conforme á él, mandó poner en capilla á cerca de trescientos prisioneros que habían caído en sus manos. Mas en la noche se vio al jefe insurgente recorrer repetidas veces el pórtico de la casa que le servía de habitación. La luz brillaba y esclarecía las lozas del piso, reflejándose sobre la bóveda alta y acanalada del templo inmediato, cuyas figuras de santos, que dominaban las ventanas góticas en la actitud de la plegaria, parecían crecer ante el ojo en formas fantásticas. Todo se hallaba en armonía con la actitud meditabunda del Caudillo insurgente y con su faz yerta y pálida, que lo hacía parecer un espectro.

¿Qué había pensado? ¿en qué meditaba tan largo tiempo? El mismo D. Nicolás Bravo lo dijo después en una de sus cartas: «En la noche, no pudiendo tomar el sueño, me ocupé en reflexionar que las represalias que iba á ejecutar disminuirían mucho el crédito de nuestra causa, y que observando una conducta contraria á la del Virrey, podrían conseguirse mejores resultados; pero se me presentaba el obstáculo de que mi responsabilidad quedaba sin cubrirse, por la orden que había recibido de mi jefe.» En estos pensamientos pasó toda la noche hasta las cuatro de la mañana. A las ocho, manda Bravo formar la tropa con todo el aparato que se requiere para una ejecución; hace salir á los presos, á quienes coloca en el centro; les manifiesta que el Virrey Venegas los ha expuesto á perder la vida, por no haber admitido la propuesta que se le hizo en favor de ellos por la existencia de D. Leonardo Bravo. Y cuando todos temen que la orden de fuego resuene, aquel jefe no sólo perdona la vida á los prisioneros, sino que les concede entera libertad para que marchen á donde les convenga. Oyense los gritos de gozo y las frases de agradecimiento; nadie quiere irse, y todos quedan al servicio de la División. Se elogia en todos tonos la magnanimidad del héroe mexicano, y por primera vez se ve lucir, en medio de aquella guerra de exterminio, el noble sentimiento del perdón.

Esta acción generosa, digna del recuerdo de la historia, fué pagada á Bravo, algunos años después, con una dura prisión en la Acordada, cargándosele de cadenas. Cuando la hora de la libertad sonó al fin y se intentó quitar los grillos al preso, éstos se habían enterrado en las piernas, siendo preciso limarlos. Por algún tiempo, después de salir de la cárcel, tuvo Bravo que andar con muletas. Tal fué la recompensa que el Gobierno Español dió á aquel hombre ilustre, que no había vacilado en perdonar en medio de la exaltación de las pasiones y cuando su superior le ordenaba el castigo.

La laguna de Chapala es una vasta extensión de agua que mide más de cien leguas cuadradas de superficie, en cuyo centro se alza, aunque algo aproximada á la costa del Norte, la isla volcánica de Mexcala. Esta isla fué teatro de una empeñada lucha durante un largo período de la guerra de Independencia.

El Cura D. Marcos Castellanos se había refugiado allí con soldados valientes y emprendedores. Después de derrotar á Iñiguez en las cercanías de Mexcala, á Serrato en San Pedro Ixican, á Alvarez en Poncitlan y á Linares en la misma laguna, atrajo sobre sí toda la atención del Comandante de Nueva Galicia, D. Jo-

sé de la Cruz, quien mandó á combatir la insurrección á su mejor teniente, Negrete. Al mismo tiempo ordenaba Cruz la formación de una escuadrilla, enviando orden tras orden á San Blas para que se remitiesen las lanchas que debían formarla.

Terminaba el año de 1812. Rubí, jefe insurgente, después de dejar á Rayón en el cerro del Gallo, fatigado de las disensiones que el Presidente de la Junta Suprema sostenía con sus colegas Licéaga y Verduzco, y no queriendo coadyuvar á ellas, determinó trasladarse á Mexcala con el objeto de tomar parte en las gloriosas aventuras de aquel grupo de valientes, llegando cuando los españoles se preparaban á atacar la isla y en los momentos en que podía prestar sus servicios para la memorable defensa que Castellanos iba á hacer de aquel lugar.

La escuadrilla estaba dispuesta y sólo esperaba la orden respectiva para tomar á bordo las tropas escogidas que mandaba Negrete y rodear por completo la posición. La señal de partida se dió al cabo de poco tiempo. A la cabeza de la escuadrilla avanzaba la lancha del jefe de la expedición, D. Felipe García, distinguido marino español que había navegado en los mares más tormentosos del globo y concurrido á varios combates navales. Seguía D. Pedro Celestino Negrete, hendiendo las olas con la proa de su embarcación. A sus órdenes militaban mil doscientos soldados, adiestrados en todos los trabajos de la guerra, perfectamente armados y con absoluta confianza en su jefe, formando un batallón compacto, erizado de ballonetes, á cuyo empuje parecía que nada era capaz de resistir.

Llegaron frente á la isla, y los cañones hicieron oír su voz, las banderas se desplegaron y los guerreros se dispusieron al desembarco. De pie, en la extremidad de la popa, Negrete señalaba como punto de arribo las rocas escarpadas de la costa; pero en aquel momento una bala le llevó los dedos de la mano derecha. Las balas llovían numerosas y apretadas, semejantes á las grullas que atraviesan las llanuras del aire y huyen de la tempestad arrojando gritos.

El ardor de los asaltantes fué contrariado por el arrojamiento de los sitiados. Al aspecto de la laguna cubierta de lanchas y de las proas dirigidas hacia la playa, Castellanos contestó con los relámpagos de su artillería y con el fuego nutrido que vomitaban los fusiles de sus infantes. Eran los cometas arrojando lúgubres claridades, ó más bien, eran los fulgores del ardiente Sirio que entristecían el cielo con su brillo fúnebre. Mas Negrete no perdía la esperanza de apoderarse de la costa. Exhortaba, animaba á los suyos: «Sal-

temos, les decía; no pueden resistir nuestro empuje. Soldados vencedores de cien combates, adelante.»

Y las lanchas atracaron y comenzaron á desembarcar las fuerzas que conducían. Mas en ese instante una granizada de piedras causó en ellas inmenso destrozo. Sucumbieron el Comandante García y varios marinos y soldados; muchas lanchas se rompieron, dejando á los tripulantes á merced de las ondas; los restos flotantes de las embarcaciones hicieron aún más difícil el acceso á la playa, de donde el reflujo las rechazaba con violencia, y ese momento lo había aprovechado Castellanos para reunir sus tropas, las cuales presentaban ya un conjunto formidable.

Los clarines se hicieron oír. Santa Anna y Encarnación Rosas cayeron sobre las bandas realistas y arrojaron el espanto entre ellas. Pronto tuvo Negrete que ordenar la retirada; mas entonces los indios de la isla se embarcaron en multitud de canoas, y sólo pudo el jefe español volver á tierra dejando en poder de los independientes algunas lanchas, numerosos prisioneros, un cañón y bastante parque.

Un jefe mandado por Morelos felicitó á Castellanos por su espléndida victoria. Ya los realistas no intentarán ningún ataque á viva fuerza, dijo. Bloquearán la isla, y, para proveerse ustedes de víveres, tendrán que sostener continuas luchas.

—Nos inspiraremos, contestó Castellanos, en el ejemplo de Cuautla.

El 21 de noviembre de 1812, las tropas de Morelos recibieron la siguiente orden del día: «A acuartelarse á Oaxaca.»

Muy temprano se formaron las columnas. Los jefes de ellas eran Galeana, D. Miguel Bravo, Sesma y Victoria; el punto de reunión, la Plaza de Armas. A las diez se dió la señal de ataque. La segunda columna tomó el rumbo de la Merced y fué la primera que desembocó en la plaza. Una vez allí, se empleó parte de la fuerza en auxiliar á Galeana, detenido por el difícil obstáculo de Santo Domingo, y otra parte en el Juego de Pelota, donde el Coronel Victoria había tenido que arrojarse al foso y pasarlo á nado, llegando al pie de los parapetos enemigos envuelto en el humo de las descargas.

Fueron necesarias tres horas de obstinada lucha; mas al fin Morelos pudo entrar vencedor, al estruendo marcial de las dianas y á las aclamaciones entusiastas de sus tropas. Los jefes españoles Sarabia, Régules, Bonavía y Arista habían sido hechos prisioneros. Se tenía ya una Provincia que iba á suministrar á la revolución grandes recursos en hombres y dinero y que por algún tiempo haría lucir para los patriotas el iris de la esperanza.